

CÓMO RENOVAR LA FILOSOFÍA

por *Hilary Putnam*

Ed. Cátedra, Madrid, 1994, 270 páginas.

RE Lo que Putnam entiende por “renovar” en este reciente libro, cuyo original ha sido editado también en 1994 por Harvard University Press con el título “Renewing Philosophy”, se refiere al proyecto de eliminar ciertas dicotomías responsables de una estéril inmovilidad en la filosofía actual, especialmente en la epistemología y en la ética. Desde Kant, dice el autor, se viene planteando el asunto de cómo las representaciones subjetivas pueden tener relación referencial con la facticidad, o, en su versión actual, cuál es la relación entre mundo y lenguaje. Ante esto, oscilan irreconciliables un realismo metafísico-científico y un relativismo. Este último, aunque muy antiguo, cada tanto emerge de nuevo con más fuerzas y produce una especie de pavor teórico de que lo invada todo. Se lo percibe como un mal. Sin duda que estamos en una época en que su presencia es fuerte; de allí el interés especial del presente libro.

El realismo científico, representado, por ejemplo, por Fodor y Williams, postula que sólo la ciencia puede darnos una descripción de cómo es “realmente” el mundo fáctico; y esto porque el mundo constaría de una determinada cantidad de objetos, y, por tanto, es posible describirlos si nos colocamos en una perspectiva que puede abarcar dicha totalidad. Putnam trata esto en los primeros cuatro capítulos, en los que muestra que la pregunta kantiana se la ha respondido, desde el realismo, al menos de la siguiente manera: a) apelando a la inteligencia artificial (cap. I); b) comprendiendo la idea de representación mediante el concepto de evolución (cap. II); c) relacionando la idea de referencia con la idea de causa (Fodor) (cap. III); d) defendiendo lo anterior con una teoría como la de Bernard Williams (caps. IV y V). Así, Fodor, por ejemplo, trata de “naturalizar” la referencia, esto es, lo intencional por excelencia, mediante el expediente de concebirla en términos causales. Este autor propone que hay una ligazón causal entre cosas y sus representaciones; la representación “gato” es causada por la presencia (o recuerdo) de un determinado gato. Pero esto implica, desde ya, que se valora sin más la realidad de la cosa como independiente de toda circunstancia, como estando allí a la espera de ser representada, como estando allí lista para ser causa. Las ciencias,

dice Todor, describirían el mundo “Tal como es, o sea, el mundo ya hecho, independiente de toda noción intencional o cognitiva (p. 98).

Al otro lado de la dicotomía, el relativismo asegura, en suma, que cualquier postura es tan válida como otra; que lo que es bueno o válido para mí, lo es sin más; que las valoraciones son una cuestión cultural. En diversas posturas de relativismo extremo habrían caído, según Putnam, filósofos como Rorty, Goodman y Derrida, quienes con el afán de superar el realismo cientificista proponen un remedio peor que la enfermedad. La tesis de Putnam que llama “realismo” interno, asume que efectivamente se puede preguntar de qué objetos está compuesto el mundo, como quiere averiguar el realismo, pero que tal pregunta sólo tiene sentido dentro de alguna teoría, dentro de una determinada opción conceptual. Mundo independiente de algún discurso, no hay. En una visión carnapiana podemos considerar, por ejemplo un mundo compuesto por los objetos A y B. En una visión de los lógicos polacos en cambio, los objetos serán A, B y A+B; no tiene sentido preguntar cuántos objetos hay. No tiene sentido preguntarlo así, sin más. Sólo podemos encontrar una respuesta si hacemos alusión al esquema desde el cual responderemos, porque, ya el concepto de “objeto” no es el mismo en las dos teorizaciones. En la segunda, hay un objeto más que en la primera; en la primera, A+B no es un objeto y, por lo tanto, sólo existen dos. Preguntar simplemente: cuántos objetos hay, sin hacer referencia a la circunstancia, es lo que el realismo ha pensado siempre que se puede hacer. Es fácil advertir que este realismo interno no coincide realmente ni con el inútil simplismo del relativismo ni con la inocente ceguera del realismo metafísico. Y hay que comprender, también, que la postura de Putnam, que por lo demás concuerda con casi toda la epistemología actual, no afirma que un sujeto “crea” las cosas; se trata solamente de que, puestos en una relación intelectual con el mundo, y tan sólo en ella, no es posible creer que nada de los hechos conocidos refleje nuestras referencias conceptuales. La cuestión es casi una tautología: “Lo que decimos acerca del mundo refleja nuestras elecciones conceptuales y nuestros intereses” (P-100).

Los tres últimos capítulos hablan del filosofar de Wittgenstein y Dewey. En ellos, dice el autor, se encontrarían ejemplos de una forma de pensar, que no cae ni en el relativismo burdo ni en el realismo metafísico-científico.

Putnam se acerca a ellos para, de algún modo, encontrar resonancias de su propuesta de su realismo interno. Por ejemplo, la idea de “juego de lenguaje”, alejaría a Wittgenstein de una postura realista; mas, eso no quiere decir que ese filósofo sea relativista, pues, según Putnam, Wittgenstein logra proponer que, si bien es posible crear diversos juegos de lenguaje, una vez asumido alguno hay que jugar según sus reglas sin que las podamos cambiar a voluntad. Pero, más que eso no dice Putnam al respecto. Esta última parte del libro es, a nuestro juicio, la más débil, la menos clara, cuando debiera ser la más iluminadora.

Otros libros de Putnam traducidos al castellano son: *Las mil caras del realismo* y *Razón, verdad e Historia*.

ALEJANDRO RAMÍREZ F.